

Edgar Morin

A tres manos y sin complejos

*Edgar Morin estuvo entre nosotros. A decir verdad no acaparó mucho espacio en prensa y la cobertura en radio y en televisión fue más bien escasa. Este pensador francés, reconocido mundialmente como un intelectual que ha intentado e intenta llevar a cabo una gran síntesis de pensamiento sobre el mundo, el pensamiento en sí, la complejidad, ... es autor de lectura obligada para el que quiera entender “los signos de los tiempos”. Estemos o no de acuerdo con sus planteamientos esbozados en textos como **La industria cultural**, **El paradigma perdido**, **El hombre y la muerte**, **Autocrítica**, y en especial la serie **La Méthode**, tendremos que reconocer que sus ideas y sus atrevimientos intelectuales no pasan desapercibidos. Edgar Morin fue invitado por el Gobierno Nacional para conferenciar sobre la complejidad de los tiempos y de las circunstancias. Recordemos unas palabras que escribiera en **Para salir del siglo XX**: “(...) voy a tratar de mostrar que la pobreza de pensamiento y la riqueza de ilusiones políticas compiten para arrastrarnos a las tragedias y los desastres. Intentaré mostrar que, siendo juegos y conflictos de intereses, de fuerzas y potencias, de clases, de ideologías, de delirios, la política es en su corazón un juego del error y de la verdad: en otras palabras, no carece de importancia, no es accesorio, es vital no equivocarse en política, y es vital que la política que dirige nuestras aspiraciones no se engañe ni nos engañe”. Ojalá supiéramos, en la Venezuela del presente, entender eso*

El domingo 14 de septiembre, en su columna “A tres manos” del diario *El Nacional*, el profesor Rigoberto Lanz anunciaba la llegada del intelectual francés Edgar Morin con una fanfarria digna de un régimen que trata de revestirse con la aureola de los sabios del olimpo humano.

En el artículo “Morin entre nosotros” anuncia: “En breve tendremos entre nosotros al gran intelectual francés Edgar Morin. A sus 87 años de edad parece un joven iconoclasta que quiere “tomar el cielo por asalto”.

Lo que no queda claro en los objetivos de la visita es si Morin viene a contrastar sus planteamientos con los intelectuales adocenados del régimen, a recibir un homenaje por su labor crítica del capitalismo y de los socialismos reales del siglo XX, con los que al parecer nuestro régimen nada tiene que ver por ser del siglo XXI, o simplemente a dorar con la píldora del elixir de la juventud eterna la aprobación de un compendio de 26 decretos con rango y fuerza de ley, entre el 31 de julio y el 4 de agosto, con base en la Ley Habilitante aprobada por la Asamblea Nacional.

Nuestra labor de observadores críticos del acontecer intelectual nos incita a ofrecer una visión sintética del pensamiento simplificado y massmediático sobre la complejidad, expuesto, como diría Lyotard, “postmodernamente” y “explicada para niños”.

De entrada presentamos la visión sintética y retadora de Edgar Morin sobre el pensamiento complejo; a continuación se incorpora la reflexión de Rigoberto Lanz sobre el pensamiento de Morin; y por fin, recogemos una reflexión crítica del profesor argentino Carlos Reynoso del grupo Antropocaos sobre los aportes de Morin a la comprensión de la complejidad en las ciencias postmodernas.

Desde estas líneas celebramos la visita de Edgar Morin a nuestro país y esperamos que sus ideas fecundas sean debatidas en el campo intelectual y no en los santuarios petrodolarizados del régimen. ¿Se atreverá a repetir Morin ante su corte de acomplejados intelectualmente lo que plantea su pensamiento complejo: “Hoy en día el problema no es saber si la doctrina marxista ha muerto o no. Hay que reconocer que los fundamentos cognoscitivos del pensamiento socialista son inadecuados

para comprender el mundo, el hombre, la sociedad"? (*Le Monde*, 21-04-1993).

EDGAR MORIN:
"POR UN PENSAMIENTO COMPLEJO",
DIARIO EL NACIONAL,
22 DE SEPTIEMBRE

¿A qué llamamos *complejo*? Uno llama "compleja" una cosa enredada, incomprendible, incierta, de tal manera incierta que somos incapaces de aportar una definición. Algunos piensan muy ingenuamente que el pensamiento complejo se expande y se fortifica porque escuchamos decir cada vez más: "Oh, sabe usted, eso es muy complejo". Pero cuando decimos: "Eso es muy complejo" lo que queremos decir es: "Yo soy incapaz de responderle". No obstante, el pensamiento complejo es aquel que intenta responder al desafío de la complejidad y no aquel que constata la incapacidad de respuesta.

Es necesario responder a la cuestión de la incertidumbre. Es decir, un pensamiento que se bata por una articulación con lo real. Ello quiere decir que la lucha contra la incertidumbre y el combate que utiliza la incertidumbre son inseparables. Dado que la idea de un orden determinista del mundo y de la historia se ha desplomado, usted está obligado a afrontar la incertidumbre; al mismo tiempo, como el mundo del pensamiento reductor y compartimentado muestra cada vez más sus límites y su ceguera, usted debe abordar lo complejo en el sentido literal de la palabra *complexeus* (tejer en conjunto).

Es el lazo, es decir, la capacidad de contextualizar, de situar un conocimiento y una información en un contexto para que adquieran sentido.

¿Por qué no podemos utilizar nuestras aptitudes cognitivas que funcionan siempre contextualizando y globalizando? Porque somos víctimas de la marca del pensamiento disyuntivo, del pensamiento reductor y del pensamiento lineal, mientras que en nuestra era planetaria los problemas son cada vez más ligados los unos a los otros.

Descartes sostenía que había que separar para conocer. Es necesario separar la ciencia y la filosofía; es necesario separar las disciplinas, separar los objetos, separar los elementos. Sí, pero a condición de que aquello que se separa pueda articularse de

nuevo. Hoy día de lo que se trata es de una separación en compartimentos herméticos. Es el pensamiento fragmentario que domina, que aíslan los fragmentos al interior del mundo y se corta el mundo longitudinalmente en sectores económicos, técnicos, etc. Este pensamiento tecno-científico que ignora a los seres, a la gente, a las culturas, es evidentemente incapaz de comprender los problemas de las etnias socio-céntricas; del mismo modo que las etnias socio-céntricas son incapaces de conocer los problemas ligados a la técnica. Es este tipo de pensamiento el que ha invadido la política. Todo ello nos coloca en la actualidad en una situación muy grave.

Desde este punto de vista el imperativo es *articular*. El pensamiento complejo se esfuerza en rearticular. En el mismo plano de la acción y la política mi diagnóstico es que estamos enfrente de un combate entre las fuerzas de asociación y las fuerzas de dislocación. Solidaridad o barbarie. Estamos languideciendo por falta de solidaridad. Estamos languideciendo por ausencia de una reforma del pensamiento. ¿Por qué es un problema del pensamiento? Porque las alternativas clásicas bloquean las formas de pensar.

Realismo y utopía son dos antinomias que se excluyen mutuamente según el modo de pensar instalado. ¿Usted es realista? Nada de utopía. ¿Usted es utopista? Nada de realismo. Lo mismo vale para lo uno y lo múltiple. Unos no hacen sino homogenizar abstractamente; los otros quieren la diversidad, pero la quieren compartimentada.

El problema es la incapacidad de escapar a estas alternativas rutilantes; la incapacidad de pensar la complejidad. Ese es el gran desafío al cual estamos confrontados.

RIGOBERTO LANZ:
"LA MÁQUINA MORIN",
DIARIO EL NACIONAL,
28 DE SEPTIEMBRE

En estos "tiempos nublados" de la posmodernidad resulta una rareza toparse con intelectuales que cultiven tan exquisitamente el rigor del pensamiento y la sensibilidad de la práctica. Seriedad para pensar, compromiso para actuar.

Profundidad de la reflexión y olfato agudo para saber dónde estamos parados. Ese es el talante de Edgar Morin. Sin es-

tridencia pero con contundencia. Sin poses mediáticas pero muy atento a la opinión pública. Sin concesiones a la vulgata periodística pero muy próximo al clima del mercado público.

No se trata sólo de una cuestión de estilo personal sino el resultado de una especial combinación de talento para la investigación (basta observar los 6 tomos de *La Méthode* donde Edgar Morin despliega una estrategia de investigación epistemológica que se hace cargo de la agenda básica de los problemas cruciales de la humanidad en este nivel) con una voluntad de compromiso a toda prueba (incluyendo su espíritu sobre la propia izquierda).

En los tiempos de mi doctorado en París (por allá en los años ochenta) discutíamos con mucha intensidad las secuelas del Mayo Francés a la luz del marxismo posmoderno que anestesió al movimiento estudiantil y postró a la intelectualidad crítica. Los seminarios de Edgar Morin eran para entonces un permanente debate donde se mezclaba el entusiasmo de la llegada de la izquierda al poder en Francia con el escepticismo de un campo socialista a la deriva. Las tesis de Morin eran puestas en escena en lenguaje incendiario. La derecha lo detestaba y la vieja izquierda... también. Por el estrecho margen de un pensamiento disidente se abrió camino una mirada del mundo que constituye hoy una tribu intelectual con muchas fortalezas.

De la mano de la *complejidad* y la *transdisciplina* han transcurrido varias décadas de duras batallas en el terreno de las ideas. No son pocos los malentendidos y usos oportunistas del pensamiento moriniano. Es relativamente fácil juntar unos cuantos términos sonoros para la muchedumbre y con ello hacerse pasar por un paladín de la complejidad o del pensamiento transdisciplinario. Esta mercadería barata abunda en los medios académicos.

En el otro extremo también puede conseguirse una propensión a asumirse como el "verdadero" intérprete del maestro. Con aburridas letanías hermenéuticas usted puede pasarse la vida afinando la "traducción correcta" o "lo que en verdad quiso decir..." el autor aquí o allá.

En los dos casos estamos en presencia de desviaciones que no pueden controlarse por mandato de alguna voz autorizada. No queda más remedio que tomarse el tiempo y la paciencia de poner las cosas en

su lugar cada vez que haya ocasión de discusiones mínimamente serias.

La mayor o menor cercanía con los contenidos sustantivos de este pensamiento es tan importante como la valoración ético-política de su postura sobre la realidad de hoy. Ambos polos se interconectan. No es posible pensar una cosa por un lado y desmentirla en la conducta práctica de la vida cotidiana por el otro lado. Esta exigencia de coherencia—tan endeble en los ambientes intelectuales latinoamericanos—coloca a Edgar Morin en una cúspide difícil de alcanzar. Es un pensador que abruma con la densidad de su programa de investigación y es al mismo tiempo un ejemplo de entereza política que se pierde de vista. Tal combinación no es sólo rara en estos tiempos de “*mínima moralía*” sino que perfila en sí misma el talante de una corriente intelectual que se bate abiertamente contra el canon establecido en todos los terrenos. Lo mismo da que sea en la controversia epistemológica o en los debates sobre la ecología o el drama de la violencia. La agenda es muy amplia. Los intereses intelectuales palpitan con los problemas calientes de esta humanidad en crisis (no es casual el título de su último libro: *¿Hacia el abismo?*).

La producción intelectual de Edgar Morin puede resultar intimidante. El calado de sus proposiciones conmueve por su fuerza, por su penetrante vitalidad. El tono de su crítica apunta a una radicalización de sus posturas.

**CARLOS REYNOSO: EDGAR MORIN
Y LA COMPLEJIDAD: ELEMENTOS
PARA UNA CRÍTICA, VERSIÓN
I.6 – SEPTIEMBRE DE 2007**

El núcleo duro del paradigma moriniano no está compuesto por elementos originales, sino por la agregación de diversas teorías ajenas, sujetas a una densa interpretación pero tratadas a un nivel de detalle y en un plano de complejidad tales que quien compare la escritura del *Método* con la de las fuentes canónicas no podrá negar fácilmente su relativa ligereza. En la obra de Morin hay dos regímenes estilísticos alternativos, ambos igualmente densos pero no difíciles:

- Cuando trata teorías de terceros, Morin les suele dedicar breves reseñas, seguidas de rápidos dictámenes en contra o a favor. Generalmente concede unos pocos renglones sustanciales a cada asunto, agregando luego varias capas argumentativas de posicio-

“

No es posible pensar una cosa por un lado y desmentirla en la conducta práctica de la vida cotidiana por el otro lado. Esta exigencia de coherencia—tan endeble en los ambientes intelectuales latinoamericanos—coloca a Edgar Morin en una cúspide difícil de alcanzar. Es un pensador que abruma con la densidad de su programa de investigación y es al mismo tiempo un ejemplo de entereza política que se pierde de vista

”

namiento estratégico que se repiten una y otra vez con escasas variaciones. En ocasiones parafrasea uno o más textos sin excesiva distinción, adosando observaciones que van tejiendo la secuencia de una obra localmente ordenada pero globalmente amorfa, al punto que daría lo mismo que el libro terminara en cualquier momento. En este sentido, la escritura exhibe más amontonamiento que progresión y cada tomo subsiguiente parece razonar con mayor morosidad y redundancia. Algunos argumentos (como el que estipula el carácter mutilante del conocimiento especializado, por nombrar uno) se repiten arriba de cien veces. Las críticas de otras teorías nunca son internas ni se refieren a cuestiones de importancia intrínseca, sino que son contingentes y proporcionales a la distancia entre la doctrina cuestionada y la propia posición. Rara vez queda claro cuáles son los autores y textos puestos en mira, su cronología exacta, el contexto de sus ideas, su vigencia, su estado actual; el aparato erudito es insuficiente y el manejo de la bibliografía (que es de porte modesto) luce como tercerizado, con discrepancias notorias entre los títulos mencionados en el cuerpo del libro y los apéndices bibliográficos.

- Cuando se aleja de los textos de apoyo y deja volar su razonamiento personal, Morin acuña conceptos que revelan su predilección por las aglutinaciones de sufijos que van quedando como residuo de cada idea tratada y se van volviendo más largas a medida que el libro avanza. Ejemplos típicos serían la polisúper-meta-máquina, la auto-trans-meta-sociología, los caracteres ego-(genosocio-etno)-céntricos, el ser meta-supra viviente/individual/ subjetivo, el complejo trans-mega-macro-meso-micro-social y el proceso de auto-(geno-fenogeno)-eco-re-organización computacional-informacional-comunicacional. Al lado de estas expresiones cuya razón de ser desentrañaré luego, son también típicas de su estilo las palabras empucladas y sus correspondientes exégesis, que también revisaré más adelante. El foco observable de ambas especies de escritura es menos el desarrollo metodológico que la puesta en acto de una persuasión doctrinaria de escuela ecléctica con un acento empirista: algo que se habría podido satisfacer en unas pocas páginas, pero que articula el libro de principio a fin.

En el intersticio entre ambos géneros, Morin cubre volúmenes con argumentos de apariencia incisiva pero a la larga indulgentes y carentes de filo como éste, en el que asigna a cada punto de vista en contienda más o menos la misma cantidad de relevancia: Los procesos cognitivos son a la vez productores y productos de la actividad hipercompleja de un aparato que computa/cogita de manera a la vez informacional/representacional/ideal, digital/análogica, cuantitativa/cualitativa, lógica/alógica, precisa/imprecisa, analítica/sintética, clasificante/desclasificante, formalista/concreta, imaginativa/verificadora, racional/mitológica. Todos estos procesos tienden a construir traducciones perceptivas, discursivas o teóricas de los eventos, fenómenos, objetos, articulaciones, estructuras, leyes del mundo exterior (1988: 221).

Cuando Morin dice que *El Método* no proporciona un método y que su variante de conocimiento complejo no puede ser operacional conviene creerle (1999: 35-36, 435). Ni en el comentario de trabajos ajenos ni en las partes autónomas se trasluce una preocupación reflexiva de alguna entidad sobre diseño investigativo, campo de aplicación, operatividad, casos empíricos, alternativas estratégicas, clases de problemas, tratabilidad, implementación, mode-

lado, técnicas disponibles, planteamiento de hipótesis, verificación, falsabilidad, dificultades a esperar y demás cuestiones de epistemología, teoría y práctica que serían naturales en un libro cuyo título promete al menos algo de eso.

Sólo en una ocasión he podido encontrar cierto rudimento metodológico escondido entre oleadas de alegorías; es hacia el final del tratado, en la parte en que Morin dice que si las diversas ciencias reconocieran su propia complejidad y la idea de auto-reorganización la conexión entre ellas “sería fácil”, pues se realizaría “mediante el paso de una complejidad a otra” (2003b: 62). Creo percibir una analogía entre esta idea y el concepto de clase de universalidad en ciencia compleja, pero el razonamiento moriniano es demasiado desvaído como para estar seguro; para abordar esas cuestiones (que no son nada fáciles) se requiere una definición de problema y un modelo de cambio que no existen en la teoría de Morin.

Aquí ya se vislumbra que pese a su talante aparatoso la justificación del *Método* es más bien débil, comenzando por sus diagnósticos sobre el estado de la ciencia. En varios lugares Morin afirma que ciertos conceptos esenciales (organización, sistema, retroalimentación positiva) no se han desarrollado en la sistémica y la cibernética clásica; la bibliografía técnica sobre esas materias, por el contrario, es de un volumen aplastante, incluso si se dejan fuera los aportes de las cibernéticas renegadas. Claramente, parte del problema se debe a que esos textos usan lenguajes formales de alta dificultad y se consiguen en journals especializados, en proceedings de congresos profesionales con referato o en disertaciones disponibles en unidades académicas, antes que en los poquísimos libros de circulación comercial que Morin privilegió en su pesquisa. No es entonces la producción científica la que está en falta, sino, según evidencia masiva, el alcance y la selectividad de sus lecturas.

En cuanto a las teorías de las que se nutre, a Morin le tiene sin cuidado que las piezas que componen el entramado sean contradictorias, que sus léxicos sean discrepantes o que entre los autores sobre los que reposa proliferen personajes que no han soportado la prueba del tiempo: Buckley, Driesch, Fromm, Koestler, Laborit, Lupasco, Maruyama, James G. Miller, Moles, Wilden. Sobre esa base, cada módulo temático de su obra traduce los términos de la investigación sustantiva a ideas inteligibles para lectores educados en otras disciplinas y orientados ha-

“

Las fuentes de Morin casi nunca son técnicas, por lo que sus muchos enemigos lo han acusado de ser un divulgador que se basa en un fondo bibliográfico elemental, que no profundiza en la intertextualidad de sus materiales, que no proporciona modelos más allá de las metáforas o que soslaya los papers esenciales de cimentación

”

cia otros universos de sentido. La pregunta que cabe hacerse es si Morin domina los elementos de juicio que se requieren para hacerlo competentemente. Por más que he intentado considerar innumerables factores atenuantes, me temo que la respuesta es que no.

Las fuentes de Morin casi nunca son técnicas, por lo que sus muchos enemigos lo han acusado de ser un divulgador que se basa en un fondo bibliográfico elemental, que no profundiza en la intertextualidad de sus materiales, que no proporciona modelos más allá de las metáforas o que soslaya los papers esenciales de cimentación (Morin 1984: 21-22; 2003a: 141; Dobuzinskis 2004: 442-443, 449; García 2005). Por desdicha, la recriminación es motivada: las visiones de conjunto, los manuales de iniciación, los libros simplificados para el gran público y los testimonios patriarcales saturan la lista de sus referencias. Morin lo admite: “Soy consciente de los caracteres lacunares e inciertos de mi cultura, del estado desigual del desarrollo de mi conocimiento y de mi reflexión” (1988: 38). O bien: “[En] esa área [la física] tengo conocimientos no solamente superficiales, sino extremadamente lacunares” (2003a: 141). Y también: “Sé, pues, que ignoro trabajos importantes, y que en ciertos casos la fuente de segunda mano oculta la de primera” (1999: 529).

Sabe también que para consumir ciertas articulaciones que él no obstante acomete “sería preciso reunir conocimientos y competencias que rebasan nuestras capacidades” (p. 23) y que su no-saber es oceánico (1998a: 30). Aunque con calculada humildad promete indicar “las lagunas de las que soy consciente, los dominios en los que mi información me parece demasiado incierta” (1988: 39), he encontrado que en el cuerpo de *El Método* jamás se molesta en hacerlo. Creo que es esa falta confesa de maestría técnica (que volveremos a comprobar y que llega a extremos descomunales) la que le llevaría a rechazar la teoría de sistemas o el psicoanálisis por las razones espurias, a subestimar fieramente la cibernética, a sostener en plena era del genoma, de los neurotransmisores, de la Web de banda ancha y de la telefonía celular que la teoría de la información está *passé* y a dejarse llevar por los intereses institucionales y la visión no compleja de autopoietas y cibernéticos de segundo orden, en lugar de abreviar en las investigaciones de estado de arte del MIT, el SFI, el LANL, Berkeley, Michigan, Lomonosov o las escuelas evolucionarias, como hubiera resultado más productivo.

Cada vez que participo en discusiones sobre Morin, sus defensores enarbolan saberes que le son distantes y le preceden en el tiempo como si le fueran propios y representativos; aquí es donde viene la inevitable apología de ideas como la organización, el sistema complejo, la emergencia, la recursividad, la no-linealidad, la morfogénesis. Pero ni uno solo de esos conceptos magníficos es suyo y raya en lo ofensivo que alguien crea que lo son; todos se originan en los tiempos inaugurales de las disciplinas complejas, o incluso antes, y aunque quede mal decirlo tan frontalmente él no ha contribuido un ápice a su esclarecimiento.

Ahora bien, leer a von Neumann, Gödel, Wiener, Turing o Ashby, los padres de esas ideas, requiere una intensa formación lógica y matemática; mi sugerencia es que el lector invierta algunos meses en adquirir algo de destreza por su cuenta en vez de confiar la lectura a un gestor (Morin o quien fuere) para que luego éste le cuente de qué se trata. Si así ha de hacerlo de todos modos, el caso es que existen mejores maestros, capaces de referir lo que otros dicen con menos interposición y mayor provecho epistemológico. El Morin del *Método* nunca califica como un pedagogo distinguido; él mismo reconoce su desinterés por una enseñanza

a la que una y otra vez sólo atina a llamar vulgarización (1988: 48; 1998a: 28; 1999: 33).

El inconveniente que percibo es que para enseñar un poco de estas cuestiones hay que saber mucho y que lo que hay por aprender es dificultoso, aún para quienes tienen el perfil disciplinario adecuado. Cuando Ernest Nagel, James Newman o Douglas Hofstadter interpretan a aquellos maestros se nota que conocen cada inflexión, que dominan los tecnicismos más herméticos y que por eso mismo descubren claves que nadie había divisado; se puede estar en desacuerdo con sus hermenéuticas, pero no es posible impugnar su dominio del tema. Cuando Morin con-

fiesa que es un nómada que sólo está de paso por ciertos territorios (1984: 22), el eufemismo sólo presagia que no cabrá esperar de su didactismo renuente y de sus lecturas a medio digerir el margen de respaldo y expertise que incluso la buena divulgación demanda.

Por eso es que al hablar de otros textos, aún en los raros casos en los que no se equivoca, Morin nunca parece destilar lo esencial sino acaso lo más accesible, el párrafo que por feliz coincidencia no incluye ecuaciones ni símbolos, el dato insinuante, la interpretación que más concuerda con su ideología, lo que alcanzó a inferir a través de un idioma inglés que siempre le ha sido hostil: no lo que está

más allá de lo que podemos entender nosotros mismos sino, como diría Bateson, lo que todo escolar sabe.

Soy consciente que un postulado teórico no se viene abajo sólo porque se descubra que es derivativo, porque haya retorcido un par de ideas al glosarlas en un léxico amigable o porque se encuentre que en la bibliografía se mencionan ensayos de dificultad prohibitiva de los que no hay el menor indicio de lectura en el texto. El problema es, como se verá, que la ciencia compleja sobre la cual Morin construye el edificio de su filosofía dista de poseer las propiedades que él le atribuye o de haberse desenvuelto a través de los sucesos que él narra.

MINISTERIO DEL PODER POPULAR PARA CIENCIA Y TECNOLOGÍA

Coloquio Internacional Ciencia y Revolución

los desafíos políticos de la ciencia

"Es necesario y urgente una reforma de los modos de pensar"

Edgar Morin

Fecha: jueves 16 y viernes 17 de octubre
Lugar: Hotel Alba Caracas. Gran Salón

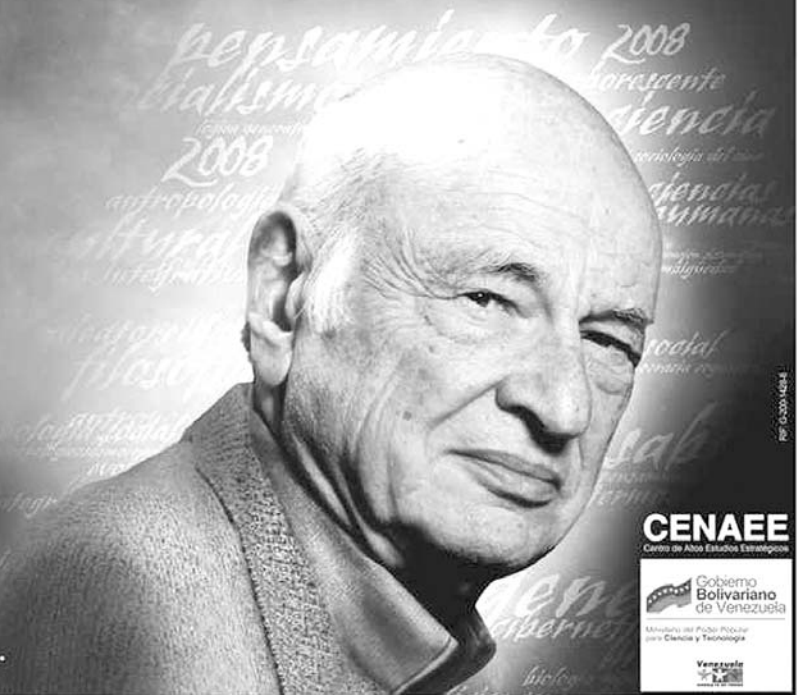
Ponentes Internacionales:

Edgar Morin. Francia
Roberto Follari. Argentina
Didier Moreau. Francia
Elmar Do Nascimento. Brasil
Alfredo Peña Vega. Francia

Actividades: Conferencia central de Edgar Morin "Ciencia con Conciencia", transmitida en vivo el jueves 16 de octubre a las 9:00 a.m., a través de la página web www.mct.gob.ve.

Foros: De 4:00 p.m a 6:00 p.m
(abiertos al público en general)

Ciencia y tecnología con y para la gente...



CENAE
Centro de Alto Estudios Estratégicos

